

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1988

LECTURAS DE FILOSOFIA
JURIDICA CHILENA
DEL SIGLO XX



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
1988

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 6
1 9 8 8

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales de la Universidad de Valparaíso, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción, Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales, Facultad de Derecho de la Universidad Gabriela Mistral, Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual
bajo el número 72.199

Diseño Gráfico: Alland Browne E.
Impreso en
EDEVAL

Errázuriz 2120 - Valparaíso

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1988

LECTURAS DE FILOSOFIA
JURIDICA CHILENA
DEL SIGLO XX

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1987 - 1989)

Antonio Bascuñán Valdés, Mario Cerda Medina, Jorge Correa Sutil, Gonzalo Ibáñez Santa María, Fernando Quintana Bravo, Nelson Reyes Soto, Juan Enrique Serra Heisse, Agustín Squella Narducci y Jaime Williams Benavente.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspondencia puede ser dirigida a la Casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social presenta su *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* N° 6, correspondiente a 1988, y que sigue a los números anteriores que han venido publicándose desde 1983.

A este N° 6 se le ha dado el título de *Lecturas de Filosofía Jurídica Chilena del Siglo XX*, en atención a que una de las secciones o partes en que aparece dividido, bajo el título a su vez de "La Filosofía Jurídica Chilena en la Primera Mitad del Siglo XX", reproduce una selección de textos, hecha por Manuel Manson Terrazas, de autores que han contribuido en Chile a la filosofía jurídica y social durante los primeros cincuenta años del siglo en curso. En cuanto al criterio empleado por el antologista para la selección de estos textos, el lector puede remitirse a lo que Manuel Manson expresa en la "Presentación" de su antología. Por otra parte, una segunda selección de lecturas similares, también correspondientes a la primera mitad del siglo XX, se publicará el año próximo en el *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* N° 7.

En la sección *Estudios* de este Anuario se publican diversos trabajos inéditos de interés, en tanto que en la parte llamada *Debate* se incluye un artículo de Manuel Manson, en el que este autor critica algunos planteamientos formulados por Alfonso Gómez-Lobo, en su trabajo sobre "Derecho natural: un análisis contemporáneo de sus fundamentos", que fue publicado en el *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* N° 3, de 1985.

La tercera sección, titulada *Lectura*, reproduce el trabajo "El Derecho", de Antonio Hernández Gil, con el que se inicia el primer tomo de las obras completas de este autor, que se están publicando desde 1987 por Espasa-Calpe, en Madrid.

La parte llamada *In Memoriam* reproduce necrologías sobre Aníbal Bascuñán, Carlos León, Carlos Cossio, Theodor Viehweg y Michel Villey, cuyos decesos hemos tenido que lamentar en el último tiempo.

El volumen concluye con una parte reservada a *Recensiones*

LA FILOSOFIA JURIDICA CHILENA
EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX
(SELECCION DE TEXTOS I)

FE, CARIDAD Y BIEN COMUN

JAIME EYZAGUIRRE GUTIERREZ

Excedería los límites de este estudio el análisis detallado de la aventura emprendida por el Occidente a raíz de la crisis de las culturas de stirpe cristiana. Cuantas soluciones el hombre ha buscado al problema de su destino, han descansado sistemáticamente en el divorcio entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia. Desconocido todo principio y fin trascendente, el hombre ha pretendido hallar dentro de sí la respuesta salvadora, empujándose algunas veces a la altura de los ángeles con la exaltación de la razón pura, o arrastrándose otras al nivel de los animales al hacer de la libido la clave determinante de sus actos. Oscura y dolorosa búsqueda que no sólo ha alejado al hombre de las posibilidades de su fin último, sino que le ha precipitado ciego en las mallas estranguladoras de sus peores instintos.

Pero este hombre caído sigue siendo el hijo de Dios, el objeto de las dilecciones del Padre, el pródigo cuyo regreso se aguarda sin descanso. A pesar de su pecado no ha perdido la marca de su origen, y más de una vez, en sus desviadas incursiones culturales han aflorado, como nostalgia del paraíso perdido, rasgos de la belleza y de la verdad divinas. El mundo agnóstico está lleno de inconscientes ideales cristianos. La libertad, la igualdad y la fraternidad proclamadas por los corifeos de la gran revolución francesa, y el anhelo de justicia social y de redención proletaria que impulsa a las huestes marxistas, no son sino principios cristianos secularizados. Triste es, sin duda, que estos anhelos hayan sido desconectados del campo vivificador de la gracia y vendidos sin defensa al mundo de la naturaleza, donde la debilidad del hombre les conducirá al fracaso. Pero más triste es aún que los cristianos—aquellos que reclaman este nombre por sentirse depositarios de la palabra evangélica— hayan dejado que se les arrebatare parte del tesoro de sus dones, por no haber sabido a tiempo hacer uso de él. Este desvanecimiento de la sal de la tierra es, sin duda,

el mayor escándalo de los tiempos actuales, porque ha permitido ante la faz de todo el universo que se mida la infidelidad de los cristianos a la luz de su propio mensaje. La incapacidad demostrada en la hora para hacerse presente con eficacia dominadora en el campo de la cultura, e imprimir rumbos a las manifestaciones de la filosofía y del arte, de la política y de la economía, es algo que denota una terrible indigencia, puesto que nadie puede dar lo que no tiene. Diríase que Dios se esmera en llevar a los cristianos por un proceso de fracasos continuados en la vida temporal, a una consideración más profunda de la eficacia primaria y salvadora de la gracia. Porque también entre ellos se ha producido una disociación entre la naturaleza y la sobre-naturaleza, y olvidando a menudo la jerarquía de los valores han pretendido dominar las estructuras temporales con sólo recursos humanos y sin advertir que hasta en éstos hay algunos del todo vedados.

Muy lejos ha de colocarse el cristiano de aquella postura angelista que desdeña todo contacto con la vida y se repliega incontaminada al interior del espíritu; pero asimismo ha de tener presente, como experiencia recogida de las ya muertas culturas cristianas, que el reino de Dios, si bien debe realizarse en este mundo, no podrá ser impuesto conforme a los métodos de este mundo. Precisamente el desdoblamiento entre la fe y la caridad arrastró a la ruina a esas culturas. La fe se fue reduciendo a una suma de principios intelectuales, inoperantes en el campo real de la existencia. Al fin el hombre se sacudió de ellos como de una carga sin sentido y acabó pensando como vivía.

Un paso inicial para el cristiano de nuestro tiempo ha de ser hermanar la fe con la caridad, ordenando de esta manera los atributos del mundo de la gracia. Sólo así podrá llegar a dominar decisivamente el orden temporal en todas sus manifestaciones. Lo que la hora reclama no es perderse en un activismo agotador, ni incluirse en un soberbio y egoísta intelectualismo, sino soldar la acción con la contemplación, poner la fe en movimiento de caridad. Antes que políticos, sociólogos, filósofos y artistas, necesitamos santos, precisamente para que el Estado, la economía, el pensamiento y la estética adquieran algún sentido.

En balde se esparcerá la letra del mensaje si él no se encarna antes plenamente por sus difusores. El mundo está ahito de ideas y programas y lo que necesita es un testimonio vivo, tan apa-

sionado y total como el que le dieron los fieles del tiempo apostólico, para creer que la levadura de entonces no ha perdido hoy su virtualidad salvadora. Lo que el mundo espera para convertirse es la conversión de los propios cristianos. Porque el mal que le acosa no se cura con derroche de técnicas sino con una heroica dación de amor, que es la técnica de las técnicas.

Todo amor resulta en sí comunicativo y fecundador, pero cuando es cristiano, que es decir nacido del soplo divino, lleva involucrado un poder integral de salvación, porque coge al hombre en su totalidad de espíritu y materia, de ciudadano de una cultura e hijo del reino de Dios. Nada hay fuera del amor cristiano capaz de revelar al hombre la magnitud de su sitio en el cosmos, puesto que únicamente el puede realizar el milagro de restaurar las esencias de la temporalidad y descubrir a la misma horizontes eternos. Sólo por el signo de la cruz, que es la redención por el amor, se despeja la incógnita del hombre y es posible instaurar un legítimo humanismo que devuelva al ser toda su alteza.

A hacer posible el triunfo de este Humanismo de la Redención, que rescatará a la cultura de su enorme caída, están gravemente obligados los cristianos del momento, con la ayuda de la gracia y el uso ordenado de los medios naturales que ella realza e ilumina. Hay que producir en la esfera del pensamiento un saludable equilibrio entre el intelecto y la vida, que evite tanto el disecador racionalismo como el existencialismo de la desesperación. Hay que restituir en el arte toda su dignidad ultrajada a la figura humana, porque es un destello de la imagen de Dios. Hay que devolver en el campo de la vida económica y de la vida política la primacía al bien común, destronado ahora, de manera maquiavélica y egoísta, por los intereses de grupo. Hay que conceder, en fin, a la ingente masa de trabajadores, que ha tomado conciencia histórica, un sitio honroso y justo en las estructuras sociales.